

## XXVIII

Pero á César no le convenia ser así un espantajo para Italia. Aquella reputacion de bandido, de incendiario y de saqueador, no le tenia cuenta en manera alguna. Necesitaba atraer á su partido á las personas honradas, y solo podria lograrlo á fuerza de clemencia.

Empezó por mandar á Labieno su dinero y su equipaje.

Despues, como un destacamento, enviado contra él, no solo se le uniese en vez de combatirle; sino que le entregase ademas su capitan Lucio Papio, puso á este en libertad sin hacerle mal alguno.

En fin, sabiendo el espantoso miedo que hacia huir á galope á Ciceron, escribió á Oppio y á Balbo, con encargo de que ellos lo hicieran á aquel.

*César, á Oppio y á Balbo.*

“Juroos que he visto con el mayor placer en vuestra carta la aprobacion de lo que ha pasado en Corfinium. Seguiré vuestros consejos, y me será tanto mas fácil, cuanto que se hallan de acuerdo con mi modo de pensar. Sí, seré todo lo mas suave posible y haré cuanto pueda por atraerme á Pompeyo. Emplearé ese modo de ganar los corazones y de hacer duradera la victoria. Los que me han precedido se han grangeado el ódio general á causa de su crueldad, y merced á esta solo han obtenido un triunfo de corta duracion, esceptuando Sila. No seré yo su imitador. Buscaré nuevos modos de vencer y seré misericordioso y liberal. Para conseguir ese resultado tengo ya algunas ideas en la cabeza, y espero que me ocurrirán algunas mas. Os suplico que por vuestra parte penseis en ello tambien.

“A propósito, mis tropas han sorprendido á Cno Magio, prefecto de Pompeyo, y he hecho con él lo que habia pensado de antemano, esto es, ponerlo en seguida en libertad. Ya antes habian caido en mi poder otros dos prefectos suyos, los cuales dejé ir del propio modo. Si quieren probarme su reconocimiento, que exhorten á Pompeyo á ser mas bien mi amigo que el amigo de mis enemigos, de aquellos cu-

yas intrigas son causa de que la República haya llegado al estado en que la vemos.'

Ahora bien, ¿qué habia hecho César en Corfinium que le habia valido la aprobacion de Oppio y de Balbo?

Sitiaba esa ciudad, cuando, como ya habia sucedido en otras ocasiones, y como habia de suceder despues, los habitantes se la entregaron; mas al hacerlo le entregaron tambien los hombres de Pompeyo que habia en ella, á saber: Léntulo,—no el que habia huido tan precipitadamente que habia olvidado cerrar las puertas del tesoro secreto, sino Léntulo Spinter, amigo de Ciceron, de quien hablará este dentro de poco á César,—Domicio Ahenobardo, uno de los abuelos de Neron, Vitelio Rufo, Quintilio Varo, Lucio Rubio y bastantes mas.

Todos ellos esperaban la muerte, y tan era así, que Domicio habia pedido un veneno y lo habia tomado. Afortunadamente, la persona á quien se habia dirigido al efecto, contando con la clemencia de César, le habia dado una bebida inofensiva. —No olvidemos ese Domicio que, perdonado y todo, seguirá siendo uno de los mayores enemigos de César.

Suponiendo á este fiel á las tradiciones de la guerra, no debian tener esperanza alguna de salvar la vida.

Mario y Sila habian hecho estrangular á muchos con bastante menos motivos.

¿Qué hizo César?

Les dirigió un pequeño discurso en el cual echó en cara á dos ó tres amigos el haber vuelto sus armas contra él y despues de librarlos de los insultos de los soldados los despidió sanos y salvos.

Mas aún: hizo devolver á Domicio cien mil filipos de oro que habia depositado en manos de los magistrados, á pesar de estar seguro de que aquel dinero no le pertenecia, y que era del tesoro y se lo habian entregado para pagar los soldados que debian marchar contra él.

Hé ahí la conducta que habia observado en Corfinium y que le aprobaban Oppio y Balbo, á los cuales encargaba que le atrajesen á Ciceron.

Balbo, en efecto, escribió al gran orador, transmitiéndole la carta de César y tranquilizándolo; Ciceron esclama que conoce á César, que es la dulzura misma, y que nunca le ha creído capaz de derramar sangre.

Entonces el mismo César escribe á Ciceron.

*César, imperátor, á Ciceron, imperátor, salut.*

“No te engañabas; no, y me conocias perfectamente. Nada mas lejos de mí que la crueldad. Confíesote que me causa sumo placer y me enorgullece el que tengas esa opinion de mí. Dícenme que al-

gunos que he dejado ir sanos y salvos aprovechan la libertad que les he concedido para volver á tomar las armas contra mí. ¡En hora buena! que lo hagan: yo seguiré siendo quien soy y ellos serán lo que son. Pero tú haz una cosa; procura hallarte en Roma lo mas pronto posible, para que pueda recurrir á tus consejos y consultarte á cada paso, como estoy acostumbrado á hacerlo. Puedes estar convencido de que nada me es mas caro que tu querido Dolabela. Ahora le deberé un nuevo favor, el de tenerme á mi lado. Su humanidad, su buen sentido y su ternura hácia mí me responden de ello.

Habia grandes prevenciones contra César.

El partido que iba á atacar se llamaba el de los hombres honrados, y César se propuso ser mas honrado que ellos.

La aristocracia que combatia seguia la antigua ley, la ley de las Euménides, como dice Esquilo, la ley de la venganza. El proclamó una ley nueva, la ley de Minerva, la ley de la humanidad.

¿Fué un instinto de su alma "que desconocia el odio, segun dice Suetonio, y que si se vengaba era con la mayor dulzura," ó fué solo un cálculo? En este último caso fué un cálculo sublime. Comprendió que despues de las matanzas de Sila y los degüellos de Mario tenia que ganar una victoria admirable haciéndose misericordioso.

Ya hemos dicho como huian los habitantes y hasta las ciudades, pero eran las que estaban bastante lejos para tener tiempo de hacerlo. César marchaba tan aprisa, que las ciudades inmediatas lo vieron dentro de sus muros antes de tener noticia de su llegada.

Aquellas no tuvieron modo de huir. Preciso les fué quedarse y esperar el saquéo, el incendio, la muerte.

Pero César pasó sin saquear, sin incendiar, sin matar.

Era una cosa tan nueva, que las personas todas, viendo que no habian recibido daño alguno, permanecieron asombradas. Sin embargo, no quedaba la menor duda que aquel era el sobrino de Mario, el cómplice de Catilina, el instigador de Clodio. Y nada de saqueo! nada de incendio! nada de muerte! cuando Pompeyo, por el contrario, el hombre del orden, de la moral, de la ley, declaraba su enemigo á todo el que no le seguia, amenazando á cada paso con proseripciones, con azotes, con cadalsos!

Y no son sus enemigos los que lo dicen, pues en ese caso yo seria el primero á esclamar: Desconfiad de lo malo que se imputa al vencido, sobre todo en las guerras civiles.—No; quien lo dice es Ciceron.

Véanse los siguientes párrafos que escribe á Atico sobre los proyectos de Pompeyo:

“No podeis imaginaros hasta qué punto nuestro querido Cneo trata de ser un segundo Sila. Hablo de ello á ciencia cierta, pues él no lo oculta en manera alguna.

—“¿Cómo, me direis, ¿sabeis eso y sin embargo permanecéis ahí?

“¡Sagrados dioses! Si permanezco no es por simpatía, sino por reconocimiento; estad seguro de ello.

—“Y no os parece buena la causa? vais sin duda á decirme.

—“Excelente, por el contrario; pero recordad que el modo de sostenerla será execrable.

“La intencion de Pompeyo es sitiarse primero por hambre á Roma y á toda la Italia y devastar y quemarlo todo despues. Sus parciales no tendrán el menor escrúpulo en despojar á los ricos.....”

Así como Ciceron sabia eso, otros lo sabian, todo el mundo lo sabia. La turba de nobles arruinados que seguia á Pompeyo lo gritaba en alta voz.

Ademas, ¿por qué dudar de ello? ¿No era Pompeyo discípulo de Sila?

Así, pues, en cuanto los banqueros, los usureros, los hombres acaudalados vieron que no se tocaba á sus quintas ni á su dinero, se reconciliaron con el gefe de los descamisados.

La gente cesó de huir y las puertas se abrieron; primero lo miraron pasar, luego dieron algunos pa-

sos hácia él, y por fin se precipitaron á su encuentro.

Recuérdese la vuelta de la isla de Elba; esa marcha de César se le parece enormemente.

Ciceron escribia á Atico:

“No hay una pulgada de tierra en Italia de la cual no sea dueño. De Pompeyo no se sabe ni una palabra; pero si no se halla en el mar á estas horas, todos los pasos deben estarle cerrados.

“César se mueve con una rapidez increíble, mientras que nosotros.....

“Pero me repugna acusar á aquel cuyos peligros causan mi desesperacion y mi suplicio.”

Si despues de lo que hemos leído Ciceron no acusa á Pompeyo, ¿qué dirán los que le acusan?

## XXIX

En medio de todo eso ¿dónde está Pompeyo? ¿Qué es del hombre que se ha negado á todo arreglo? ¿Qué hace el orgulloso imperátor que segun decia no tenia mas que dar una patada en el suelo para hacer salir de él legiones de infantería y caballería?

Nadie sabe de él; ha desaparecido; se le busca y se ofrecen diez millones de sestercios al que lo encuentre.

Pero hay un hombre que debe saber donde está. Ese hombre es Ciceron.

Vamos, Ciceron, ¿dónde está Pompeyo? En febrero del año 705 de Roma, cuarenta y ocho antes de Jesucristo, escribís á Atico. ¿Qué le decís?

“Solo falta á nuestro amigo, para acabar de des-

honrarse, el dejar á Domicio entregado á sí mismo. Se cree generalmente que acudirá en su auxilio; pero yo lo dudo.

—“Cómo! direis, ¿abandonará á Domicio, un hombre de tanta importancia, teniendo, como tiene, treinta cohortes á su disposicion?”

“Pues bien, sí lo abandonará, querido Atico, ó mucho me engaño. Su miedo es increíble. No piensa mas que en huir.

(Así está escrito: *Nihil spectat nisi fugam!*)

“¡Y ese es el hombre á quien, segun decís, debo asociar mi suerte! Pues yo creo que debo alejarme de él. Desgraciadamente no veo á quien debo seguir.

“Pretendeis que he pronunciado una frase memorable cuando dije que preferia ser vencido con Pompeyo á vencer con cualquier otro.

“Sí, pero con el Pompeyo de entonces, con el que tal me parecia al menos; no con el que huye sin saber por qué ni cómo, que ha entregado todo lo que poseíamos, que ha abandonado la patria y que está á punto de abandonar la Italia. ¿He pronunciado al fin esa palabra? Pues bien; tanto peor. Es cosa hecha. Me declaro vencido.

“Ademas, jamas podré acostumbrarme á ver cosas que nunca hubiera creido posibles, ni á seguir á

un hombre que me ha arrebatado á los míos y hasta á mí mismo.

“Adios; seguiré dándoos cuenta exacta de lo que suceda.”

¿Quereis saber lo que sucedió? pues leed:

“Pompeyo ha parecido.

“Oh vergüenza! Oh desgracia!—pues segun mi opinion, solo hay desgracia cuando hay motivo de vergüenza;—se ha complacido en engrandecer á César, y hé aquí que de repente se pone á temerlo, sin querer, sin embargo, hacer la paz á ningun precio.

“Preciso es decir al mismo tiempo, que á pesar de eso tampoco hace nada para la guerra.

“Héle fuera de Roma; pierde el Picenum por su culpa, se deja acorralar en la Apulla y va á pasar á Grecia, sin despedirse de nadie, sin decir una palabra sobre una resolucion tan grave y tan estraña.

“Pero Domicio le escribe.

“Entonces dirige una carta á los cónsules; parece que el sentimiento del honor se despierta en él.

“Sin duda creéis que el héroe, vuelto en sí, va á esclamar:

—“Sé muy bien lo que exigen el deber y el honor. Nada me importan los peligros; la justicia está de mi parte.

“Bah! el honor es lo de menos! Nuestro héroe está en marcha, huye, corre hácia Brindis. Asegúrase

que á consecuencia de eso Domicio ha hecho su su-  
mision en su nombre y en el de los que le acompañan.

“Oh! cosa lúgubre! Cierro mi carta, pues el dolor me impide continuar. Espero noticias vuestras.”

Como veis, Pompeyo ha parecido, pero huye hácia Brindis.

Y allí se halla, en la punta extrema de Italia. Véase la siguiente carta que desde aquella ciudad escribe á Ciceron.

*Cneo el Grande, procónsul, á Ciceron, imperátor.*

“Recibí vuestra carta: si vuestra salud es buena os felicito por ello. He reconocido en lo que me decís, vuestra antigua adhesion á la República. Los cónsules han venido á reunirse con el ejército que tenia en la Apulla. Conjúroos por ese admirable patriotismo que jamas se ha desmentido, á que vengais vos tambien, á fin de deliberar en comun sobre las mejores medidas que se deban tomar atendida la aflictiva situacion de la República.

“Seguid la vía Appia y llegad á Brindis lo mas pronto posible.”

¡Y continúa llamándose Cneo el Grande!

Ya os manifesté al principio, queridos lectores, que os habian hecho ver un hombre supuesto.

Escusado es decir que Ciceron no es el único que piensa y escribe que Pompeyo es un necio y un cobarde.

¡Pompeyo un cobarde! ¡extraña asociación de palabras! Pero, ¿qué quereis? Me he propuesto mostraros los grandes hombres en bata y con ellos sucede lo que con los guisados de liebre: para hacer un grande hombre se necesita un grande hombre.

Ahora es Celio el que escribe á Ciceron:

“Dime si en verdad has visto nunca un hombre mas estúpido que tu Cneo Pompeyo. Causar tanto ruido, producir un trastorno tan grande, para no hacer luego mas que tonterías.

“Y nuestro César, por el contrario, ¡qué fuerza de acción, amigo mio! y, sobre todo, ¡qué moderación en la victoria! ¿Has visto ú oído nunca nada igual? ¿Qué dices de ello? ¿Y qué te parecen tambien nuestros soldados, que en lugares inaccesibles, helados por un invierno espantoso, hacen una campaña como si dieran un paseo? ¡Por Júpiter! ¡qué hombres!

“De seguro te reirias de mí si supieras lo que me inquieta, en el fondo, de toda esa gloria, de la cual no me toca nada. No puedo decírtelo sino de viva voz. Todo lo que sé es que trata de llamarme á Roma tan pronto como haya espulsado á Pompeyo de Italia. Y creo que eso sea ya á estas horas un he-

cho consumado, á menos que Pompeyo no prefiera hacerse sitiado en Bríndis.

“Salud á vuestro hijo Ciceron.”

César por su parte escribe tambien al gran orador. ¿Desde dónde? La carta no tiene fecha. ¿Acaso sabe él mismo dónde está? Avanza por su parte con la misma rapidez que huye Pompeyo.

“Apenas tengo tiempo de que disponer; estamos en marcha y las legiones van muy adelante. Sin embargo, no he querido dejar partir á Furnio sin enviaros una palabra de gratitud. Lo que os pido encarecidamente y como un favor es que os dirijais en seguida á Roma. Espero ir allí en breve. Deseo teneros junto á mí para aprovechar vuestro crédito, vuestras luces, vuestra posición, todo lo que podeis, en fin.

“Acabo como he empezado: el tiempo vuela; dispensadme que no sea mas largo. Furnio os dirá lo demas.”

Así, pues, todo el mundo solicita á Ciceron. Pompeyo lo llama á Bríndis y César á Roma. ¿A cuál dará oídos? Si pudiera, de seguro dejaria á Pompeyo y correria hácia César.

Pero está comprometido.

—Debo tales obligaciones á Pompeyo, dice, que no puedo sufrir la menor cosa por la cual se me pueda tachar de ingratitud.

Hé aquí su costestacion á César:

*Ciceron, imperátor, á César, imperátor, salud.*

“Leí la carta que entregaste á Furnio para mí y en la cual me instas para que vuelva á Roma.

“Hablas en ella de aprovechar mis luces y mi posicion.

“Pero añades tambien que mi crédito y todo lo que puedo.

“Eso es diferente y me pregunto á mí mismo qué sentido quieres dar á esas palabras.

“Naturalmentè creo que tu alta sabiduría no puede inspirarte sino sentimientos de paz, reposo y concordia hácia tus conciudadanos.

“Si es así, César, haces bien en pensar en mí y yo soy el hombre que necesitas por posicion y por naturaleza.

“Si, pues, mis presentimientos no me engañan, si experimentas alguna benevolencia hácia Pompeyo, algun deseo de verle reconciliarse contigo y con la República, en ningun lado hallarás mejor agente que yo, que jamas le he dado sino buenos consejos en todos tiempos, lo mismo que al Senado, cuando he podido; que una vez declarada la guerra no he tomado ninguna parte activa en ella, y que no me he limitado á una simple manifestacion de opiniones

sobre el particular, sino que me he dedicado á hacerlas compartir á los demas.

“Hoy te confieso, César, que no puedo ver con indiferencia el abatimiento de Pompeyo, pues desde hace algunos años he hecho de él y de tí mis ídolos y profeso á ambos una amistad profunda.

“Te suplico, pues, pidiéndotelo de rodillas, que robes un momento á los cuidados que te asedian y hagas de modo que pueda mostrarme leal, reconocido, fiel, en fin, al recuerdo de los mayores servicios que un hombre haya recibido jamas. Ten consideracion con la única persona que puede servir de mediador entre tú y él, entre vosotros dos y nuestros conciudadanos.

“Ya te he dado las gracias por haber conservado la vida á Léntulo, haciendo por él lo que él habia hecho por mí. Pero desde que he recibido su carta, en que me lo participa con toda la efusion de la gratitud, creo que comparto con él el beneficio.

“Tal es mi reconocimiento por lo que se refiere á Léntulo, y suplicote que hagas de modo que te lo profese igual respecto á Pompeyo.”

Como se vé, Ciceron tiene algo de bueno. Pero todo eso no conducirá á nada.

—Ven como mediador, le dice César.

—¿Podré hacer todo lo que quiera? pregunta Ciceron.



—No pretendo dictarte la conducta que hayas de observar, contesta César.

—Es que te advierto que si voy á Roma, insiste, Ciceron, trabajaré á fin de que el Senado te impida pasar á España y llevar la guerra á Grecia. Además haré cuanto pueda en favor de Pompeyo.

—Entonces no vengas, replica César.

En efecto, Ciceron se queda en Formio, al menos hasta nueva orden.

### XXX

Pero aun allí no deja de estar bastante inquieto, pues recibe una cartita de Balbo.

¿No os parece estar viendo una Fronda antigua mas sería que la del siglo XVII, y hasta con sus billetitos matinales? La única diferencia de estos últimos es que en lugar de estar firmados por Mr. de Larrochefoucauld y el cardenal de Retz lo están por Pompeyo y César.

Ciceron recibe, pues, estas pocas palabras:

*Balbo á Ciceron, imperátor, salud.*

“He recibido una cartita de César, cuya copia te envío; por su brevedad puedes juzgar del tiempo de que puede disponer, pues me escribe tan lacónicamente de cosas tan importantes:

“Si ocurre algo de nuevo te lo participaré al momento.”

*César, á Oppio y á Cornelio Balbo.*

“He llegado sobre Brindis al amanecer del sétimo día de los idus de Marzo, y he tomado mis disposiciones. Pompeyo está aquí; me ha mandado á M. Magio para hablarme de paz. He contestado lo que vais á ver, y no he querido retardar un momento el avisároslo: en cuanto vuelva á tener esperanzas de un arreglo os lo avisaré igualmente.”

“Ahora, querido Ciceron, comprenderás mis angustias. Es la segunda vez que me dan esperanzas de paz, y tiemblo de verlas desvanecer. Ausente, desgraciadamente, no puedo hacer mas que votos por ella, y los hago muy sinceros. Si estuviese ahí, quizá podria hacer algo mas. Mientras tanto, estoy en el potro de la espera.”

Ese es el lado interior de las cosas; pasemos ahora al exterior.

César habia marchado con su rapidez ordinaria y despues de tomar á Corfinium, que es el San Perino de hoy, y tranquilizar á Léntulo Spinter y Domicio acerca de su existencia, habia seguido la orilla del mar Adriático y llegado á Brindis.

Se habia hecho preceder allí por Magio, intenden-

te de Pompeyo, al cual habia sorprendido en el camino y enviado al lado de su amo.

Debemos decir de paso, que César no contaba con mas buques que los que le habian servido para trasladarse á Inglaterra, y que no habia tenido tiempo para hacerles pasar el estrecho de Cádiz y entrar en el Adriático.

Magio iba encargado de decir á Pompeyo:

—César llega; dice que convendria á la República queuviéseis una entrevista; pero solos, sin testigo alguno. De lejos y por medio de intermediario nunca se llegará á un arreglo.

A esa entrevista que habia pedido hacia César alusion cuando escribia á Balbo: “Me ha enviado á Magio para hablar de paz.”

En aquel momento tenia consigo seis legiones, dos de las cuales habia creado en el camino. Dichas seis legiones venian á ser unos cuarenta mil hombres. Como se vé, sus cinco mil infantes y trescientos ginetes habian hecho lo que la bola de nieve.

Tambien Napoleon sale de la isla de Elba con quinientos hombres, décima parte de la fuerza que seguia á César; tambien es llamado bandido por los Léntulos de la época, y tambien, en fin, llega á las Tullerías con un ejército.

Entonces comienza uno de los sitios gigantescos

que sabia hacer César; algo como el de la Rochela en 1628 por el cardenal de Richelieu.

Oid bien esto:

César se decide á cerrar el puerto de Brindis. Hace empezar un dique en su parte mas angosta; pero impidiéndole la demasiada profundidad del agua continuar aquel trabajo, construye balsas de treinta piés cuadrados, con las cuales cerrará el puerto, asegurándolas en las obras de mampostería comenzadas. A fin de que no las arrastrasen las olas, las sujeta con anclas en las cuatro esquinas, y despues, para defenderlas aun mas, hace poner una segunda fila al lado de la primera. Las cubre con tierra y faginas para caminar sobre ellas con mas comodidad, las arma con parapetos y puntas de hierro por delante y por detras, y, por último, construye sobre ellas torres de dos pisos á fin de librarlas del choque de los buques y del fuego.

A todo aquello opone Pompeyo los grandes buques de trasporte que ha encontrado dentro del puerto, sobre los cuales levanta torres de tres pisos, que arma con máquinas que arrojan toda clase de dardos; despues los lanza contra las balsas para echarlas á pique.

Los gigantes combaten cuerpo á cuerpo, y la lucha se repite todos los dias.

César, sin embargo, quiere agotar hasta lo último

los medios de avenimiento y envía á Pompeyo uno de sus tenientes: Canino Rábilo.

Rábilo lleva encargo de pedir una entrevista á Pompeyo, en la cual tendrá este todos los honores, á cuyo efecto empeña César su palabra.

Pompeyo contesta que no puede hacer nada en ausencia de los cónsules.

En efecto, los cónsules están en Dirraquium.

Aquel no es mas que un efugio, y César lo comprende así.

El sitio continúa.

Al cabo de nueve dias, los buques que habian trasportado á los cónsules y á una parte del ejército á Dirraquium, vuelven á entrar en Brindis, sin ejército y sin cónsules, por supuesto.

El objeto de su regreso es llevarse tambien á Pompeyo y á sus veinte cohortes.

Pompeyo entonces se prepara á huir.

Hace obstruir con barricadas las puertas de la ciudad, las avenidas de las plazas y las encrucijadas de las calles; abre en estas fosos profundos, en los cuales pone puntas de hierro; despues los cubre con ramas, echando encima tierra y arena; cada uno de aquellos fosos serán otras tantas trampas en que caerán los soldados de César.

En fin, una noche, despues de haber colocado los arqueros á lo largo de las murallas, embarca sin rui-

do sus soldados, deja unos cuantos buques para llevar á su vez á los arqueros, y á eso de las doce dá á la vela, fuerza el paso y pártelo, dejando únicamente dos buques llenos de soldados embarrancados contra el dique.

Pero apenas Pompeyo y sus soldados han salido de la ciudad, apenas los arqueros que guardan las murallas se han embarcado tambien, cuando desde lo alto de las casas los habitantes de Brindis llaman á gritos á César, haciendo seña á sus soldados de acudir.

César lo comprende todo, y corre en seguida á las puertas, que los habitantes desobstruyen por dentro mientras sus soldados las derriban por fuera. Va á precipitarse á través de las calles en persecucion de Pompeyo, pero los habitantes se apresuran á avisarle de los fosos que hay abiertos en ellas.

Entonces hace un gran rodeo, esto es, da la vuelta á la ciudad, llega á los diques, los halla cerrados y á lo lejos ve cubierta la mar con los buques que huyen.

Era el sexagésimo día desde que habia pasado el Rubicon.

Durante un momento permanece pensativo.

¿Tratará de perseguir á Pompeyo?

Es imposible: César no tiene un solo buque. Además, la fuerza de Pompeyo no está allí sino en Es-

paña, donde se hallan sus mejores tropas. La España es la ciudadela de Pompeyo.

César pronuncia entonces una de esas frases que suelen pronunciar los hombres de genio y que resumen toda una situación:

—Vamos á combatir un ejército sin general y despues volveremos á combatir un general sin ejército.

Algunos días despues de la entrada de César en Brindis, recibe Ciceron la carta siguiente:

*Maccio y Trebacio, á Ciceron, imperátor, salud:*

“Al salir de Capua supimos en el camino que Pompeyo se habia embarcado el 16 de las calendas de Abril con todas sus tropas.

“César entró al día siguiente en la ciudad: dirigió un discurso al pueblo y en seguida partió para Roma. Llegará allá antes de las calendas, pero no permanecerá sino muy poco tiempo, partiendo despues para España. Creemos hacer bien en advertiros su llegada, y al efecto os enviamos vuestros esclavos.

“Sabemos en este momento que César dormirá el 8 de las calendas de Abril en Benevento y el 6 en Simiessa.

“Tenemos eso por muy seguro.”

César en efecto, sigue el camino indicado y entra en Roma.

Allí todo está tranquilo; tanto, dice Ciceron, que las gentes honradas *han vuelto á dedicarse á la usura.*

Gran prueba de tranquilidad, efectivamente!

Del mismo modo que Napoleon atravesaba la Francia y llegaba á Paris desde Cannes sin disparar un solo tiro, así tambien César habia atravesado toda la Italia, desde Ravena hasta Bríndis y desde Bríndis hasta Roma, sin derramar una gota de sangre.

Compárese esa entrada con las de Mario y Sila.

Pero en ese momento empieza una nueva era para César; la era que acaba de atravesar desgraciadamente Pompeyo y en la cual los hombres dan la verdadera medida de su grandeza: la era de la dictadura.

### XXXI

Al llegar á Roma, el primer cuidado de César fué dar órden al Senado para que se reuniese.

El Senado se reunió.

César se presentó en él, no como Luis XIV en el parlamento, con un látigo en la mano, sino tranquilo, sin humildad como sin orgullo.

Habia acantonado sus tropas en los alrededores y entrado casi solo en Roma.

No se daba aires de dictador, ni parecia tampoco un suplicante; tenia el aspecto de un hombre seguro de su derecho.

Moralmente habia hecho su 18 de brumario.

Espuso á los senadores que jamas habia aspirado á cargo alguno cuya puerta no estuviese abierta á cualquier ciudadano romano; que habia esperado el tiempo prescrito por las leyes para solicitar un nue-